

# ¿Negociar con Sendero o aniquilar a Sendero?

La Psicología Social del terrorismo político.

**José Agustín Ortiz Elías**

Estudiante de Licenciatura en Psicología Social en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

**E**l día que Abimael Guzmán fue detenido en Lima, muchas personas afirmaron que Sendero Luminoso estaba al borde de la catástrofe. Cuando se discutió la ampliación de causales para la pena de muerte, explícitamente para Abimael Guzmán, otras tantas dijeron que matar al denominado "Presidente Gonzalo" era la única manera de terminar con Sendero Luminoso. Por último, no ha sido menor la cantidad de personas que han afirmado que las cartas enviadas por Guzmán al Presidente del Perú, desde su prisión pidiendo negociaciones, representan la "capitulación" de Sendero Luminoso. Sin embargo, la actividad real de Sendero, si bien disminuida, continúa cobrando vidas en pleno Centro de Lima, en lugares por donde cientos de miles de personas transitan a diario; en el Aeropuerto Internacional, supuestamente muy vigilado; y, por último, provocando tres apagones generales en dos meses.

La captura de Guzmán ha servido de mucho políticamente hablando -sus cartas han sido exhibidas hasta el cansancio por el mandatario peruano-; pero socialmente, aún no redundan en resultados reales.

Ciertamente, nadie pensaba que con la captura se iba a terminar Sendero inmediatamente; pero aun así, caímos en la creencia que los problemas sociales

se deben a la acción de unos cuantos individuos y que su solución consiste en la identificación y neutralización de los mismos, perdiendo de vista las dimensiones sociales de los problemas.

## **OPINIONES Y OPINIONES.**

Hoy en día las opiniones, los discursos sobre Sendero pueden reunirse en dos grupos diferentes. El primero, es el que podríamos llamar "policíaco" o "delincuencial". Consiste en la postura de aquellas personas que consideran que el terrorismo político peruano es el producto de una conspiración comunista, de la acción de individuos y pequeños grupos que han visto frustradas sus expectativas personales y desean destruir el sistema político, y han obligado por la fuerza a las personas a unirse a la lucha armada. La solución que se halla implícita en este modo de plantear el problema, consiste en la captura, humillación y público escarnio de todos los dirigentes y mandos medios de Sendero Luminoso. En una palabra, acabar reduciéndolos a delinquentes comunes.

La segunda postura es la de los fatalistas. Esta posición explica el fenómeno del terrorismo político, suponiendo que su solución escapa de nuestro control, comenzando por supuestas oposiciones entre la racionalidad "occi-

dental" -si es que hay algo que pueda llamarse así realmente- y la muy diferente y cualitativamente enigmática "racionalidad andina". Esta oposición resultaría insoluble, debido a una larga historia de interacción andino-occidental en términos de señores-vasallos, y se reflejaría solapadamente en una serie de manifestaciones y "permanencias" estructurales y superestructurales de violencia a lo largo de la historia, como las fiestas andinas y los lazos de parentesco. En resumen, una oposición total entre "naciones diferentes".

Obviamente, estas formas de plantear los discursos sobre Sendero Luminoso resultan caricaturescas, pero no viene al caso discutir las ahora en profundidad. Acerca de la primera, sólo diremos que la tendencia a considerar los problemas sociales como causados por la acción de individuos aislados ("agitadores de masas"), que deben ser identificados y neutralizados, es natural en el ser humano: necesitamos simplificar la explicación dada a los acontecimientos, y no sobrecargarnos de información, para poder dedicarnos a cosas más útiles. No se puede criticar a la opinión pública por funcionar espontáneamente. Lo que sí es criticable es que este discurso haya prendido entre personas que tienen que tomar decisiones importantes. Esta fue la tesis del ex-

Presidente de la República Fernando Belaunde Terry durante su mandato, y de muchos políticos conservadores y demócratacristianos. Asimismo, es parcialmente la postura del actual Presidente, como veremos luego.

Sobre el segundo discurso hay varias cosas que es necesario señalar. Es muy fácil explicar los conflictos partiendo de la creencia de que existen diferencias definitivas en la naturaleza de los seres humanos que pertenecen a un grupo cualquiera. En este caso, la "racionalidad" y la "otredad" son los argumentos más sostenidos. Sin embargo, se trata de un círculo vicioso que explica los conflictos en función de las diferencias, y las diferencias en función de los conflictos. La rueda gira y gira y nunca para de explicar fenómenos; sin embargo, la "dualidad" y la "oposición" no tienen forma racional, o "racional-andina" de resolverse. Peor aun, se llega a plantear que la solución ritual a las oposiciones en los Andes es la lucha simbólica. En tal caso, hace tiempo que debemos estar solucionando nuestros problemas. Demasiado tiempo, demasiadas muertes.

La posición del Presidente Fujimori es intermedia entre ambos discursos. Por un lado, habla de la postergación del campo, y entrega infraestructura y tecnología urbana en zonas rurales, buscando paliar estas diferencias; pero por otro lado, mide los logros de su política antisubversiva en número de capturas, rendiciones y renglones de la correspondencia de Guzmán. Lo que hay que señalar en la sana preocupación del Presidente por transferir tecnología moderna, es que ésta es sólo uno de los elementos del potencial productivo del país, y que la mayor riqueza de una nación consiste en el desarrollo de sus recursos humanos.

### ¿PROBLEMAS O SOLUCIONES?

Desde la psicología, debemos decir que los objetivos de las ciencias sociales no consisten en describir profusamente fenómenos ni en satisfacer el modo de pensar de la mayoría, sino en descubrir

soluciones factibles a problemas reales. No podemos seguir aferrándonos a nuestras creencias si éstas no son útiles, ni seguir haciendo perder el tiempo a las personas con complicados problemas "insolubles". Los problemas sociales, como la violencia de los grupos políticos, pueden ser caracterizados adecuadamente y solucionados pacíficamente.

Comencemos recogiendo un aspecto muy valioso de la segunda posición que hemos presentado, a saber: el desconocimiento mutuo entre los "integrantes" (en sentido figurado) de la cultura occidental y de la cultura andina. Eso es cierto, pero no quiere decir que las personas sean totalmente

diferentes -ya que existen principios generales que determinan nuestra evolución como seres humanos- sino que los juicios que se efectúan sobre cada persona desconocida no son más que atribuciones. La forma como se percibe a un sujeto depende más del que percibe que de la persona que es percibida. Su figura, su vestimenta, algún signo, representarán algún recuerdo para el que percibe y automáticamente le harán suponer que aquella persona posee las características de ese signo, formulando una creencia.

Para poder relacionarse adecuadamente, ambas personas deben romper sus creencias iniciales, accediendo a más información sobre el otro, que se ajuste mejor a la realidad. Para "conocer" a una persona no basta el trato superficial cotidiano, es necesario compararla con un modelo adecuado de ser humano. Lo mismo ocurre para conocer a una comunidad.

No conocemos actualmente la

existencia de datos sobre las personas en Ayacucho, por ejemplo. Sabemos cuántos hay, dónde viven y cuántos han muerto durante la guerra. Pero no conocemos sus potenciales de inteligencia, sus niveles de bilingüismo, sus formas de crianza, sus perfiles de personalidad, sus perfiles de expectativas; no conocemos nada. Esto quiere decir que las políticas nacionales se hacen mediante la

la "tábula rasa" de las diferencias entre grupos sociales. Esto es una forma de violencia social, y el terrorismo político es una respuesta a la violencia social.

Tomemos el caso de las expectativas. Los perfiles de expectativas son instrumentos que sirven

para conocer qué logros esperan obtener los miembros de una comunidad en el futuro. Sirven para las políticas gubernamentales, pero también para orientar negociaciones y para guiar los estudios de mercado, porque las expectativas son los bienes más reales que esperan obtener las personas. El costo de obviar estos datos y "darlos por sabidos", o asumir que el discurso de los políticos locales es representativo de las expectativas, consiste en el fracaso de las políticas sociales y en la generación de violencia; pues, por un lado, el Estado se compromete ante la opinión pública a brindar lo que no puede dar, y por otro, ofrece objetivos sociales y medios poco adecuados, que son rechazados sistemáticamente.

Los legisladores y los administradores saben que las organizaciones empiezan a fallar por responsabilidad de sus promotores o gerentes, porque no concedieron los incentivos adecuados a las personas que trabajan con ellos

---

*"Si se plantean objetivos con los que los miembros de una comunidad nacional no se identifican, esos objetivos fracasan"*

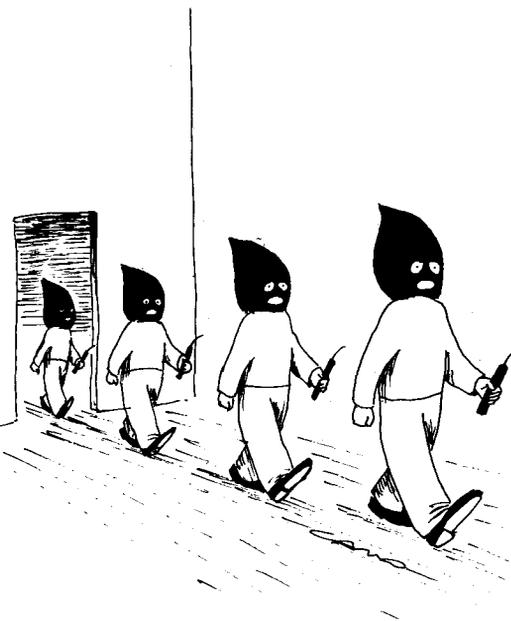
---

o porque les plantearon hacer tareas con las que aquéllas no se identificaban. Esto, que es válido para las empresas, lo es también para los países. Si se plantean objetivos con los que los miembros de una comunidad nacional no se identifican, esos objetivos fracasan. Y si luego, a despecho del fracaso, se intenta forzar a las personas a seguir esos objetivos, se genera violencia social, desmotivación, sabotaje, oposición, etc. La diferencia, en términos humanos, de los países poderosos y los países caóticos, es que en las comunidades con altos niveles de desorganización, las personas **tienen** que sacar adelante al país; en cambio, en las comunidades altamente integradas, las personas **quieren** sacar adelante al país, comparten los objetivos nacionales y los consideran propios.

En el Perú, salvo ocasiones excepcionales y aisladas, no se ha tomado en cuenta las características y expectativas de las personas que debían construir y sostener a la nación, sino que se ha actuado al revés: una vez definidos los objetivos generales, iguales para todos, se esperó que las personas fueran ajustándose progresivamente a ellos e interiorizándolos, como ocurre en los institutos religiosos y militares. Las consecuencias de ello consisten en la desconfianza generalizada que se da entre los peruanos y en la sensación de falta de control sobre los problemas sociales que frecuentemente experimentamos.

Tratemos de medir los costos materiales que resultan de obviar las expectativas. Planteemos sólo un problema: el de la tierra. Los terrenos cultivables del Perú fueron distribuidos en el

siglo XVI, en concordancia con las creencias religiosas de los colonizadores españoles y con total desconocimiento de las expectativas de los pobladores indígenas, porque se asumió que, a la luz del Evangelio, ellos poco a poco se acercarán "espontáneamente" a los objetivos de la sociedad cristiana, y que la tierra en que vivían los indios encomendados era un pago justo para el que se ocupara de sus almas. Lo que en realidad pasó fue que esta línea de acción costó tres guerras civiles entre los conquistadores en el



siglo XVI, luego costó el presupuesto de centenares de campañas de extirpación de idolatrías en el siglo XVII, costó el aprovisionamiento de miles de soldados para enfrentar las rebeliones campesinas en el siglo XVIII, costó la gran rebelión de 1780 y las pérdidas que ésta ocasionó, nada menos

que separar el Río de la Plata del Virreynato peruano. En el siglo XIX costó cuarenta años de guerras de independencia y cincuenta años más de guerras civiles; en el siglo XX, costó dos grandes rebeliones, dos reformas agrarias, y por último, el terrorismo político de Sendero Luminoso. ¿Cómo podemos calcular el precio de esta política del siglo XVI? Es fácil. Pongamos como cifra de partida la deuda externa del Perú, digamos unos 20,000 millones de dólares, y observemos que la historia de nuestra deuda proviene de aproximadamente treinta años atrás, periodo en el cual hemos estado pagando los costos de la última reforma agraria. Es decir, muy gruesamente, podemos ha-

blar de 20,000 millones de dólares en pérdidas cada treinta años. De 1531 a 1993 hay aproximadamente 460 años, que son algo más de quince veces treinta. Pues bien, 20,000 millones por quince hacen 300,000 millones de dólares en pérdidas nacionales para el Perú, y eso sólo en términos de dinero.

Obviamente, estos cálculos no son relevantes ni precisos, pero son útiles para darnos cuenta que políticas realizadas con desconocimiento de las expectativas de los que debían llevarlas a cabo, han representado para los peruanos el mayor derroche de recursos en la historia de la humanidad, pues la cifra a la que hemos llegado alcanzaría para financiar todos los proyectos que se ha planteado el ser humano desde las cavernas. Y ello sin tomar en cuenta las dimensiones humanas del problema: sólo las financieras. Y algo más importante aun: la cifra se incrementará cada vez más en el futuro en tanto nos embarquemos irresponsablemente en proyectos, por bien intencionados que estén, si seguimos pensando que Sendero Luminoso sólo aparecerá cuando unos cuantos desquiciados y frustrados quieran demoler el Estado, o que el problema consiste en que entre el hombre "andino" y el "occidental" existe una brecha insalvable. Me pregunto qué abogado se atrevería a proyectar un billón de dólares en pérdidas para las empresas estatales y privadas durante el próximo siglo, y aun así, se sentiría motivado a continuar en el Perú.

Las personas son el recurso más importante de un país: más que sus avances tecnológicos o sus tesoros naturales. Necesitamos usar nuestra creatividad para romper con el discurso de la desconfianza y con el discurso de la fatalidad si queremos que los peruanos se identifiquen en adelante con la construcción de una nación. Para lograrlo, sólo existen dos estrategias complementarias: aprender de los otros y recuperar el control sobre el país.

## APRENDER DE LOS OTROS.

Cuesta trabajo ponerse en disposición de escuchar las creencias de los demás y más aun, de aceptarlas. Es difícil reconocer que el conocimiento que tienen las personas no es mejor ni peor que el nuestro, sino diferente.

Es necesario que empecemos a conocer a las personas con las que estamos trabajando: sus perfiles individuales, sus expectativas, su dinámica como grupo, su identidad social, y que saquemos de allí las lecciones adecuadas.

Primero, no programar nada en lo que no haya personas realmente dispuestas a comprometerse. Segundo, recuperar la confianza en las personas, y en su capacidad de hacer lo mejor para lograr sus metas. Tercero, facilitar la comunicación a escala social. Cuarto, promover el intercambio de valores sociales de modo pacífico entre diversas comunidades. Quinto, reconocer que las personas que han optado por la violencia responden a condiciones objetivas del medio y que se parecen a nosotros más de lo que a veces nos gustaría reconocer.

En resumen, comprometernos en una tarea muy concreta: en vez de evaluar y tratar de solucionar los "errores" y "defectos" en los productos de nuestros proyectos, propongámonos evitar los errores en el proceso. No esperemos a sancionar y corregir, por ejemplo, a los delincuentes, sino propongámonos un modelo de ser humano factible y llevémoslo a cabo sin errores. Dejemos de medir nuestras catástrofes del pasado y evaluemos nuestro potencial como país, sin temor a mirarnos objetivamente.

## RECUPERAR EL CONTROL SOBRE EL PAÍS.

La sensación de falta de control sobre nosotros mismos y sobre nuestro medio es uno de los impedimentos más graves que experimentamos para pacificar y reconstruir el país. Nos hemos convencido del discurso de la fatalidad y hemos llegado a la creencia de que sólo un hombre providencial o la intervención de Dios nos "sacarán del hoyo".

Recordemos que no existe un problema hasta que un sistema cognitivo lo percibe como tal. Ello quiere decir que los problemas están hechos a la medida del hombre, por el hombre mismo. No tiene cabida alguna el argumento de la impotencia. Nuestra vida puede estar bajo nuestro control y nuestro destino como comunidad nacional, también.

Esta es una lección de confianza: nos enseña que la única manera de pacificar el Perú consiste en dar mayor poder real y mayor capacidad de decisión e influencia a las organizaciones populares. Esto no es comunismo, sino algo muy diferente: es aprendizaje de conocimientos. Consiste en que, por ejemplo, nadie que quiera rendir bien un examen, buscaría al más inepto del curso para estudiar con él, más bien buscaría al excelente, del cual puede aprender y sacar lecciones. Los que nos enseñan cómo solucionar problemas no son los incapaces, sino los expertos, los que tienen éxito total.

Pues bien, durante la década pasada, el mayor éxito mundial en la solución de problemas sociales, de hambre, violencia, gestión de recursos y redes sociales, lo tuvieron las organizaciones

populares del Perú. A pesar del terrorismo político, de la violencia social, la crisis económica y a pesar de las recetas inocuas que hemos dado los profesionales; comedores populares, clubes de madres y comités de vasos de leche, etc., han motivado el trabajo fiel y devoto de decenas de miles de personas sin pagarles casi nada durante diez años -mencione usted una empresa que haya obtenido semejante logro-, han dado de comer dos veces al día a millones de personas con, en promedio, cuarenta centavos de dólar y, por último, han crecido como organizaciones hasta ser un grupo social de presión pacífica. Lo que pasa es que en estos ambientes, sin necesidad de libros ni títulos académicos, se han aplicado técnicas psicosociales que se encuentran entre las más avanzadas del mundo.

Allí está la experiencia que debemos conocer y aprender para recuperar el control del país. Las leyes de cada nación son el producto del desarrollo de sus potenciales; pero primero hay que dejar el autoengaño y abandonar, como objetivo de vida, sistemas legales con los que no estemos dispuestos a comprometernos luego.

Términos como "recuperar la confianza" y "asumir el control" no existen en las leyes con el sentido que aquí hemos discutido. Ello no significa que carezcan de sentido, por el contrario, formula un reto a la creatividad de los futuros juristas para reconocer y promocionar orgullosamente esta riqueza que poseemos, y que nuestro "negativismo" y nuestro fatalismo nos impiden reconocer y disfrutar a plenitud. ■